En medio de la bruma, Antonio 13 escuchó: *Tú que vives y sufres mi tragedia, que oras por mí en la adversidad y la bienaventuranza, que caminas feliz a mi lado, deja que el amor marque el final de mi existencia.*

La barca que lo esperaba a la orilla de la bahía, lo invitó a subirse en ella y remar hasta entrar al corazón de un océano que, contrario a su costumbre, se mostraba dócil y apacible. Los delfines de oriente lo llevaron en una inmensa burbuja mar adentro, donde el grito lastimero de niños le enseñó la descomposición de los seres humanos, mientras los tiburones le mostraban un sendero de guirnaldas. Detrás de aquel cristal etéreo, varias lanchas protuberantes arponeaban a viejos y adolescentes como a peces; los barcos de mayor calado arremetían contra los balseritos de ilusiones que al vaivén de las olas se despedazaban; los que lograban salir de aquellas bestiales fosas, ya casi vencidos por el sol calcinante y las costras de sal pegadas a sus cuerpos, los acribillaban a mansalva desde el aire. Los que alcanzaban el triángulo de las sombras, que no eran más de un par de muchachos, no se sabía si el destino reservaría un mañana para ellos.

Se decía que en las profundidades de ese piélago insondable reposaban los secretos de la divinidad insolente, y que ni siquiera Dios había llegado al fondo misterioso de un sepulcro donde la vida y la muerte jugaban a las escondidas.

Antonio cerró los ojos, y siguió escuchando el llanto de miles de inocentes que fue diluyéndose como la tarde en el ocaso. Un sueño profundo le reveló el final de aquellos náufragos en un reino ilimitado, libre al igual que la brisa decembrina de Sancti Spíritus.

Al despertar estaba en tierra firme, en la nueva y extensa morada de un dios terrenal en la que las fragancias perturbaban los sentidos; la mirra de esencias agitadas en el fervor sombrío de la fatalidad congeló sus juicios sedientos; trató de buscar el origen de aquellas emociones sin éxito alguno, y en el crepúsculo de la indiferencia, donde se borraban los recuerdos bajo el rocío condensado del tiempo, encontró la respuesta. Las madres noctámbulas, a las que muchos habían escuchado en la penumbra, ahora se le aparecían a él, derrotadas pero reales como sus plegarias:

*Espíritus del mundo invisible*

*Que espantan el sereno de la noche*

*Que llaman las almas en pena*

*Vengan con nosotras, les imploramos*

*Mujeres penitentes de tribulaciones y pesares*

*Os rogamos escuchen nuestras súplicas*

*Espíritus angélicos, oh fuerzas malignas*

*Ustedes que saben de nuestros sufrimientos*

*Ayúdennos a derrotar a nuestros enemigos.*

Cantaron y lloraron, y sus lágrimas no solo opacaron la música, sino que inundaron el ambiente como aguas invernales. Llorar se convirtió en la liturgia nacional, que además de aliviar el corazón, apaciguó los ánimos y les enseñó a sobrellevar las amarguras y dificultades con resignación.

Antonio llegó a creer en las viejas leyendas del campo, de poetisas errantes que ponían a viajar sus versos confabulados con el viento, y de payadores inescrupulosos que manipulaban a sus fantasmas.

Él, había visto cuando niño a viejos juglares hablando con musas que llegaban y se iban como estrellas fugaces. Aquellas beldades con cara de mujer engreída, dejaban el entorno perfumado y a los abuelos en un largo e inmarcesible sueño quimérico. Las trompetas en tono menor, al amanecer, adormecían la brisa hasta morir en la arena, donde los elegidos por espectros filantrópicos, colocados de forma surrealista unos sobre otros, quedaban abstraídos en un profundo delirio.

Todavía le retumbaba en el oído la voz del granuja que acabó con aquel culto:

—Hijos de puta, hasta hoy suenan esas trompetas —se escuchaba siempre al entrar la primavera.

El grillete y el hambre por poco matan las armonías sincréticas del último Congo polifónico que subsistía. El racismo engendrado de aldeas insurrectas de cimarrones, mostraba otra faceta de opresión que replanteaba la construcción de un gran palenque de negros y blancos. Los próceres inquebrantables que defendían la igualdad, eran traicionados por mentirosos de oficio que tomaban las banderas de la reivindicación para hacerse ricos.

El látigo y las cadenas seguían incrustadas en la piel, hurgando en lo más profundo; como si nada ni nadie valiera, todo lo ofendían con un sesgo de maldición impuesto por un loco fascista que se creía el dueño de las almas. Ahora, el sexo de la gratuidad infantil enaltecía a los pederastas, y el país de las maravillas irrealizadas, acusaba una ceguera terminal que afectaba sus racionamientos estériles, insensibles y vagos.

Aquel año no pasó de un lapso nocivo en el que la disolución familiar y el engaño reinaron al compás de la muerte. Ese pan de todos los días se asemejaba a la gran puerta marina, que confabulada con el opresor, se abría a sus anchas para tragarse a quienes lo desafiaban. Allí en ese mar misterioso por el que llegaron dioses, santos, enfermedades y vulgaridades, donde algunos se extasiaron con el azul profundo de la vida, también muchos sirvieron para teñir de rojo púrpura aquella monstruosidad indómita.

—Hay demasiadas pinceladas abstractas y trágicas en esa inmensidad salobre, que las entienden los dolidos —dijeron.

Pasados unos segundos, Antonio olvidó hasta su nombre. Ni la represión por un aniversario más, por los chiquillos que perecieron en el hundimiento de un remolcador, lo distrajo. Como todo pueblo oprimido, aquel se convirtió en uno de esos que celebraba más efemérides de la tristeza que del regocijo. De ser un país de festivales culturales pasó al recordatorio interminable de masacres. Daba la impresión que nadie se quería y que algunos se amaban por conveniencia.

Por eso a él, las intransigencias de la felicidad, le parecía una comedia absurda; el amor lo había matado de pena tantas veces que el odio le pareció una burla del mismo amor. La acumulación de muchas angustias sentimentales rebosaba sus ambiciones pueriles que ahora agonizaban en el olvido; a la última mujer que miró con otros ojos, con pasión desmedida y pensamientos de soñador, le repitió toda una noche, *para amarte necesitaría tres resurrecciones.* Ella, por supuesto, no le creyó.

Engañar y no creer en el prójimo constituyó un estilo de vida. La ideología de los «Caras de tabla» se extendió a la literatura, el cine, la poesía, la música y hasta la ficción. Aquellos versos cantados de poetas que comían con el Régimen, que decían cosas bonitas mientras apuñalaban por la espalda al compañero, se volvió una costumbre. La más cruel de las falacias la representaba la elección democrática del partido de gobierno, donde todos se elegían entre sí como marionetas del Sistema.

La palabra no valía un huevo, porque hasta las gallinas también hacían parte de una pieza filosófica que malgastaba horas disertando sobre el intríngulis del Alfa y la Omega; la vagabundería grotesca de un pasado reciente le producía en el cerebro ráfagas de pensamientos confusos que le fosilizaban la conciencia. La roca de traspiés, que siempre se le cruzaba en la verja, detenía sus raciocinios; los recuerdos le dolían hasta la médula, pero el antídoto natural de la indiferencia que cargaba consigo, minimizaba cualquier dolor.

Las fragancias naturales gobernaban su emotividad alegrándose cuando los aromas femeninos, de jazmines, que llevaba impregnado, se disipaban; aquel olor lo relacionaba con la incertidumbre y la deslealtad de un afecto no correspondido; al indignarse cogía abundantes ramos de albahaca y se los restregaba hasta quedar aromatizado, como si con ello pudiera llevar una vida más tranquila. Era un niño adulto, de ilusiones domadas, que no deseaba inquietarse por las encrucijadas del tiempo.

—Para qué preocuparse si ya todo está escrito —repetía tratando de calmarse.

La cuenta nostálgica del, «Dale Señor el descanso eterno y que brille para él la luz perpetua», no existía. Siempre obviaba el amén, esperando el cumplimiento de una profecía de castigo contra el absolutista. Las dudas y las respuestas ocultas no solo contenían su desespero, sino una rara conectividad existencial, tan confusa como sus reflexiones.

Antes de conocer el amor, se había preguntado sobre su hombría y el frío de sus testículos, los que siempre relacionaba con los témpanos de hielo de los polos; no entendía la atrofia de las tetillas masculinas ni las sensaciones de placer que sentía cuando iba al baño a defecar; sus evacuaciones, además de producirle gran deleite, le alcanzaban para leer los periódicos atrasados que nunca pasaban de moda con las mismas noticias. Las doctrinas trasnochadas de ancianos decrépitos de otros mundos que creían que al otro lado del mar la gente coleccionaba peces de oro, lo indignaba.

Durante años cargó con la rara impresión de tener algo de homosexual, pero la interminable colección de coitos de reputada variedad, le dieron la sensación de tener un animal dentro de su cuerpo con el que podía afrontar mil batallas.

Pensar no tenía mucho sentido, y similar al juicio de las mentes vacías, en casa solo quedaban unos cuantos frascos desocupados, en un armario, que dejaban pasar la luz con mezquindad; todo escaseaba, incluso los razonamientos, que dormían como los niños ajusticiados por Herodes. Ya no había a quién pedirle perdón, y aquella tristeza medular de Antonio podía ajustarse dentro de la lógica. El cielo con sus arreboles de penurias, anunciaba la clausura de un periodo conmovedor, tan especial para vivir que valía la pena morir en aquel cobrizo reluciente de expiaciones y artimañas. Era domingo por la tarde. Sí, un festivo de pagas, confabulaciones, silencios, y temores…

—También hay culpables —escuchó.

Miró con incredulidad a los lados y apretó sus manos con impotencia. Le costaba trabajo cerrar los ojos y olvidar el éxodo de tantos hermanos que claudicaron en sus balsas; aquel holocausto de cristianos, levemente se equiparaba con la barbarie teutona de un asesino que encontraba adeptos al otro lado del mundo. No deseaba rememorar los sobresaltos nocturnos que le producían los fusilamientos ordenados por un comandante al que sumar le parecía divertido. Borrar tanta crueldad significaba anular la brevedad del día y el sortilegio de la noche.

— ¿Dónde está Dios? —se preguntó.

El presente le mostraba la ruindad y el menosprecio humano. Su pasado, saturado de ataduras, penitencias y pactos, esbozaba el breviario de una persona que nunca supo el instante en que fue inscrito en el libro de los indefensos; el desengaño, por enésima vez, cobraba con inquina los yerros de un hombre con un corazón de almidón.

—Descansa en las añoranzas de mis nostalgias —dijeron en la penumbra.

De nuevo la misma voz de aquellas vagas reminiscencias trataba de sacarlo de ese submundo utópico a un retorno imposible. Esta vez no indagó. Como quien lo ha perdido todo, recorrió con la vista aquel vergel de añoranzas, y se encontró con la misma duda de siempre en los resquicios malhumorados de un horizonte turbado. Por momentos, la esperanza pareció atarlo con tanta fuerza que sintió su alma fraccionarse en mil partículas. En la soledad de su propio laberinto, experimentó el destierro del discípulo amado. Proyectó sus días enjaulado, encadenado, recluido en sus oraciones semíticas alabando a un dios sordo al que ya le había repetido su testamento sin obtener respuesta alguna.

El grito espantoso de niños asfixiados, el auxilio penitente de quienes recluían y morían en las cárceles, y el dolor de las viudas y huérfanos tras la incertidumbre de no poder ni siquiera despedir sus propios muertos, se sentían en la brisa del malecón que llevaba y traía las penas cuales arrullos atemperados en el sacrilegio de un tiempo adverso; el olor sacrosanto de flores siderales revueltas con pentotal sódico, marcaba el fin, ese fin oscuro, viciado y loco, porque aquella afrenta no era de cuerdos. Por eso la «normalidad» de un centro de entrenamiento que todo el país reconocía, donde trasladaban a los soldados que no se adaptaban a su ideología, terminó convirtiéndose en una escuela para el suicidio.

—Estas cadenas que me anulan ameritan un rosario —dijo con la voz destrozada.

El ayer, desvanecido por la apatía, reinaba como la desolación en aquel cielo fúnebre; los caminos se borraron ante la ausencia de caminantes y la arrogancia de la naturaleza hizo alarde de su grandeza enseñando la pequeñez humana. Allí, en el suelo, vencido, estaba el mortal que había cruzado la línea invisible de la dictadura; por instantes se asemejaba a un vagabundo que no sabía de segundas oportunidades y que le daba igual si la vida continuaba o se detenía.

La carga de tantas frustraciones se hacía cada vez más pesada, incómoda y tormentosa; por instinto miraba, callaba y lloraba; el gran putas, el dios caribeño de los desdichados, pasaba largos ratos con él, mirándolo cual símbolo de perturbación que confundía hasta al mismísimo diablo. Sus santos devotos, que antes había mandado para la porra, ahora los buscaba por ratos y luego los descartaba de toda pretensión salvadora.

La cruz maldita de tantas manchas, el desterrado por la monarquía que aún conservaba el rótulo mercantil judío, la honra de a peso de frailes armados, el camandulero sacrílego, los navegantes desquiciados, los violadores en serie y el vasallo que relucía en el mayoral, seguían ahí, escondidos bajo la inoperancia y decrepitud de un pendejo con ínfulas de prócer. Bueno, toda esa mierda lo tenía sin cuidado. Tanto estiércol pútrido le generaba repugnancia.

Vivía abstraído en otras amplitudes donde no existían soluciones tenebrosas como las del acantilado de las desgracias. Ya no sabía lo que quería. Obraba conforme a una fiera rebelde, anulado por sus propias rabietas. Le daba lo mismo si tocaban la puerta o no, aunque a decir verdad, nadie la tocaba. No entendía el dictamen de un destino frágil que inclinaba la balanza en su contra. Inclusive, una novia vitalicia que le había jurado amor eterno se alejó con el pretexto de que el Espíritu Santo tenía mejores cosas para ella; era la misma hembra de poluciones de papel, insensible, de abandonos; solo la sensación de libertad, de alcanzar las estrellas y sentir batir las palmas de la dicha, justificaba aquel exilio; tantas mujeres caídas en el paredón impedían un juicio imparcial.

Los caminos de la vida, llenos de precariedad, engaño y desilusión, lo mortificaban; poco interés mostraba por quienes le habían delineado su existencia convulsionada, que le exponía un largo trecho espinoso de tramas y desprecios. Existía una rara conexión, entre verdugo y víctima, que desmitificaba a la ciencia y que de paso abría nuevas prospecciones a lo esotérico; lástima que los astros y los brujos caminaban por la misma cornisa oscura del amo glorioso.

Se sentía como el manantial que de un momento a otro recoge el tributo pestilente de una alcantarilla; se confortaba con sus sueños de constructor de templos megalíticos en Malta, que desechaba el tiempo puliendo enormes rocas; sus invenciones nadando por los interminables canales de irrigación del antiguo Egipto, lo levantaban turbado ahogándose en sus orines.

La involución había llegado a tal punto, que muchos la confundían con la Revolución. Distraído, en otro planeta, Antonio veía en un pequeño televisor a blanco y negro las paradas militares de un país frío, donde a las mujeres se le cristalizaban sus lubricaciones. Aquel programa castrense lo trajinaban a diario, con unos toques marciales que le provocaban vomitar. No podía cambiarlo, porque hasta eso manejaba la dictadura. Si bien no se utilizaba la tecnología para conocer los pormenores de cada habitante, la proliferación de sapos y soplones clasificaba la eficacia de informantes que le rendían culto a un zar elocuente que humillaba a opositores, perdonaba arrepentidos y permitía todo tipo de transgresiones de sus camaradas. La bilis regada como el virus de Sodoma, ya mostraba un cuadro disecado de carnes plásticas y ojos vidriosos a los que la monotonía amparaba en un letargo de molestia y aflicción.

Cada quien analizaba la forma de salir adelante, y Antonio, que yacía en el ostracismo, vivía en su cosmos, con un reloj a media marcha, una mirada lánguida y una torticolis natural que lesionaba el espíritu. Hacer, lo que se dice hacer, no pasaba de un verbo en desuso al que le buscaban aplicación para justificar algún oficio. El país se asemejaba a sus calzoncillos, y la crema dental no dejaba de ser una reliquia de colección junto a un jabón que admiraba todos los días como si se tratara de un santo venerable. Para no desentonar con la atrofia impuesta, parálisis que caía en la ineptitud, aplicaba el tratado de la pereza impuesto con la sensatez de quien es consciente de la tribulación que supone legitimar un pecado capital. Las vueltas que daba en la cama desde la madrugada le habían alisado la espalda. Por lo general no desayunaba ni almorzaba y cenaba cuando los frutales de su gran huerta producían. Así se la pasaba, en un éxtasis de aburrimiento que lograba persuadir hasta que la amargura de la consternación tocaba sus predios.

—Mi fe de a peso no me alcanza —repetía desconsolado.

Al marcharse la desdicha y sentir que el ánimo le regresaba al cuerpo, hablaba con las rosas y las legumbres en la mañana, y con los arboles más grandes en la tarde. Festejaba con ellos y reía a carcajadas cuando sus frutos se desprendían como hojas en otoño.

Lo mundano no lo atraía. Los orgasmos ofrendados, la sal carcomida de mugidos incontenibles y la dignidad de un falo pertinaz, se diluían en medio del sacrilegio genital; el varón de las vaginas en serie, que se arrastraba por sus panales cual abeja laboriosa que al final se rebelaba y esparcía descontrolado sus elixires, vagaba por otros umbrales; atrás habían quedado sus días pecaminosos y sus ambigüedades eróticas que llegaban al extremo de querer cercenarse su propio pene. Sus dioses de agua y azúcar no le alcanzaban para engendrar un perico de los palotes. Tenía una teoría para cada cosa, menos para su miembro viril al que dejó de mirar por años porque lo culpaba de sus desgracias. En las noches, medio dormido, lo cuestionaba y le decía en tono burlesco:

— ¡Hasta aquí llegaste maldito!

Las amenazas contra sus propios órganos se volvieron una costumbre. Era muy común que cuestionara a su brazo izquierdo por no tener la misma agilidad del brazo derecho, y en su desespero se halaba el cabello, y al ver sus manos cubiertas de ellos, se enfadaba con su cabeza por no ser capaz de sostener un simple pelo. Al quedarse calvo entró en una depresión conmovedora.

El conformismo lo estaba anulando. Tan aleccionado estaba, que las migajas dadas por el comandante se le cruzaban como hostias benefactoras en sus alucinaciones.

— ¿Señor, y mi bendición? —se preguntaba.

Dios siempre se demoraba. Los tiempos del creador de los cielos y la tierra eran tan lentos que desesperaban hasta al más paciente de los hombres. La confianza en lo venidero se mostraba altiva y pedante; resolución de lo inesperado, un soplo de aire frío pareció responderle, a lo que Antonio, maravillado, confesó:

—Ya sé que te aburriste de mí, Señor, yo no soy digno de tus mandamientos, perdóname Padre.

Repentinamente el viento se multiplicó y de tajo frenó su ímpetu. Un remolino de hojas secas cubrió la cara de Antonio, que percibió cada hojuela con agrado y tranquilidad. En medio de la nada, en aquella oscuridad, vio a miles de obreros levantando pirámides colosales, construyendo despensas y recolectando comida para afrontar una hambruna universal.

 —Gracias, la gloria es tuya Jehová de los ejércitos —dijo entusiasta.

A partir de aquel entonces, la flojera, como un mal endémico, se fue en busca de otro adoctrinado que le diera posada; por primera vez Antonio se sintió útil y comprendió la sabia frase, *el trabajo dignifica*. Mientras muchos jugaban a trabajar por pena, y también porque el Sistema les recalcaba que debían hacer creer que en verdad vivían en una nación boyante, unos tiraban papeles y otros los recogían y viceversa, hasta que alguien se les reía frente a sus caras por tanta desfachatez.

A pesar de tener insertado hasta la médula el discurso catequizador de iluminados que reclutaban almas, su memoria, aunque con poca lucidez, mantenía el concepto del trabajo como algo dinamizador. Antes de la mal llamada Revolución, había visto a hombres y mujeres rompiéndose el lomo por construir una patria diferente, respetuosa de los Derechos Humanos, donde la voz no tenía resistencia. Los muchachos que ahora hacían parte de las nacientes milicias urbanas, a los que regía la intransigencia y el hambre, eran los soñadores que desconocían las fronteras invisibles que los anulaban.

— ¿Qué les puedo decir? —expresó con la paranoia de quien soporta la persecución de los recuerdos.

Hablar sin receptor se convirtió en un hábito; su desconcierto lo paseaba por dulces crónicas que se entrelazaban con historias inverosímiles de cuentos paleozoicos animados por sujetos diminutos a los que vigilaban con lupa. Se acostumbró tanto a su nueva vida, que comenzó a sentir una rara sensación de felicidad; lloraba y reía, y después deambulaba por aquella *propiedad,* atropellado por una expiación que lo enfrentaba a sus miedos. Nunca se preguntó por los seres terrenales de tertulias y disfrute y, por el contrario, comenzó a remplazarlos por entes vegetales; las hortalizas que había sembrado con tanto esmero comenzaron a germinar y el sembrado de cinco palmeras que representaba a su esposa y sus cuatro hijos le brindaba cierta estabilidad emocional. Las regaba a diario, mañana, tarde y noche como en un ritual. Cada cocotal lo sembró con un margen de tiempo simbólico según el orden de nacimiento de los miembros de su círculo familiar. La primera palmera en germinar fue la de su esposa, Clara; luego vino el hijo mayor, Salomón; después Norberto y Platón, y por último, Fátima, la menor.

No volvió a preocuparse porque tenía su propio linaje en un vivero. Allí debía proveerlos de agua y esperar a que crecieran y produjeran. La parte frontal de la casa, que daba con un callejón, la tapó con tablones desde el lado de adentro; no quería ver lo que pasaba, ni pasar por el tamiz social de la incomprensión y el martirio.

El tiempo de las sandeces y los epítetos perdía su encanto; *las escorias, alimañas, gusanos, raritos, anti sociales, sabandijas, sanguijuelas, lumpen, asalariados del imperio, vende patrias y mercenarios*, términos utilizados para degradar a quienes no comulgaban con las atrocidades instituidas, dimitieron su accionar ante la sinfónica del campo con ese sonido memorable de olor a confianza y vainilla.

Ahora las paredes de la granja eran más altas, y hasta el techo estaba cubierto por un enmallado por el que entraban los pájaros y uno que otro grillo. La sola sensación de libertad le quitó los dolores que lo aquejaban. El encierro en sí mismo comenzó a sanar sus heridas casi incurables, tan profundas como su padecimiento.

Podía olerse en el ambiente el cambio de fragancia. Allí, la pestilencia castrense y las historietas falsas de un paraíso de simulacros se fueron desvaneciendo; de un momento a otro, cual orden sublime, los ruidos mundanos desaparecieron; no pasaron los automóviles por el frente y tampoco llegaron los áulicos a gritar consignas fatuas; los fusilamientos de carnicerías humanas del *Boina loca*, que expelían lamentos viscerales, se iban en el inventario del olvido. Al igual que todos, Antonio tenía tiempo de sobra para disfrutar de su propia reclusión. La ofensa callejera, el improperio zoológico y la calumnia trapera se estancaban en la derrota; el contubernio de asechanzas, pedido con fe, moría por fin.

El riachuelo fangoso que atravesaba la parcela con sus inmundicias de varias décadas, se convertiría en su máxima prioridad; a diario, después de quitar la maleza y de hacer el café, se metía entre el barro de aquel arroyo oscuro y espeso; primero tapó la entrada con arena hasta controlar su cauce, luego comenzó a canalizar el afluente piedra a piedra. Trabajaba hasta de noche y no dormía, porque de paso las entelequias de sus alucinaciones lo atormentaban; su obsesión por terminar lo llevó a perder el apetito y muchas veces a caer exhausto en aquel lodazal que expelía un olor apestoso, tan lóbrego como su hediondez. Remover la podredumbre, generaría la principal de sus contrariedades existenciales; despertar un fantasma significaba librar una guerra sin cuartel para la que no estaba preparado.

El deterioro de las palmeras fue lo único que lo llevó a controlar su desenfreno laboral. Las pilas de cocos desecados al lado de cada palma, algunos germinados, torcidos por el viento y otros arruinados por el verano, enseñaban las vicisitudes del clima. Fátima era la única que se mantenía incólume, y Clara y los hijos varones, estaban podridos por dentro. Unos gusanos gigantes salidos de los tallos, con patas afiladas, le arrancaron un par de lágrimas. Miró con melancolía los arboles marchitos y una sonrisa fugaz dejó entrever que un nuevo sembrado los resarciría de su expiración absoluta. Hasta la floresta hacía parte del ultraje estatal.

Los vástagos de semillas que aún resistían los embates de la sequedad, fueron esparcidos en la masa extraída del antiguo afluente, que ahora acumulaba sus aguas detrás de un cercado que Antonio había construido como una gran presa de contención. La cuenca, recubierta de piedra, floreció a los lados con muchas Claras, Salomones, Norbertos, Platones y Fátimas. Pasaron varios años antes de darse cuenta de que apenas se mantenía en pie su pequeña hija; lloró en cada cocotal simulando la partida sin retorno de seres humanos. Las sembró una y otra vez y siempre perecieron a excepción de su niña. Al final, solo cosechó Fátimas y estas se reprodujeron por millares a las orillas de un manantial que comenzaba a renacer.

Como si todo hubiera sido calculado por Antonio, la arenisca de contención se convirtió en un filtro natural que ahora dejaba pasar a cuenta gotas el agua cristalina. No conforme con aquella obra, comenzó a limpiar las hojas del resto de árboles sin objetar el tiempo. En la sola limpieza del río gastó más de la cuenta y apostaba por una duración similar.

La televisión, herramienta pragmática de anulación que utilizaba la dictadura, continuaba dando informaciones molidas de guerra; la tendenciosa y mañosa falsedad de los militares, y el reiterado discurso de un guerrillero analfabeta que en su ofuscación se creía bueno, los anuló con una sábana. Los fines de semana, la dictadura y sus partidarios daban cátedras de moralidad en el día, y en la noche, dilapidados por la marihuana, olvidaban hasta de lo que estaban hechos. Cubrir aquel televisor le devolvió la lozanía y la sonrisa perdida.

La rutina hizo que el reloj se detuviera para Antonio y avanzara a mayor velocidad para los impacientes y los consumistas que ya habían llegado al extremo de comerse unos a otros. ¡Fuera la escoria! se escuchaba en el televisor con la animosidad instaurada. La ignorancia, como el gen que insertan los hábiles en las mentes efímeras, convirtió aquel territorio en un villorrio de estafetas con una ideología que atentaba contra sí mismos. Si bien anuló las imágenes, soportó impávido el audio de una máquina reproductora de odios, que aunque nadie lo creyera, no podía desconectarse.

Algunos jugaban a ser dioses y cuando la vida se les esfumaba apelaban a todo tipo de propuestas, amnistías, concesiones y lloriqueos que no surtían ningún efecto. El mismo Estado les hacía un juicio sin defensa. *Uno menos,* decía el dictador al retumbar los tiros de gracia.

Antonio, entretenido en sus quehaceres, alejado del despropósito social, nunca escuchó los improperios; sus obras de ensueño se prolongaban como las penas de los pobres; ya había limpiado millones de hojas y en sus pretensiones inmediatas estaba el terminar rápido para ponerse a contar las estrellas. Cada vez se veía más reluciente aquel vergel de frutales de dulce espera y maderables de caobas, ébanos y ácanas, recreados por el canto nacional de tocororos con su exuberante plumaje rojo, blanco y azul.

—Nadie ha venido a darme las gracias por purificar el agua. ¿Será que se habituaron a la porquería? —se quejó.

Al pequeño boscaje que lucía como un edén, llegaban visitantes sin procedencia; el manantial se llenó de peces que salían del agua disparados al caer las guayabas. Las veraneras se metían por los orificios de la casa hasta la cama en la que dormía su único huésped, un colchón vegetal que en cada veranillo subía un metro. Él lo notó después de varios años cuando una noche, al quitarse los zapatos, le quedaron los pies en el vacío.

—Si la hubiera levantado con mis manos, lo creería —dijo sonriente.

Por un momento se quedó en silencio, meditando más allá del cielo y la tierra.

— ¿Será que Dios si existe? —se preguntó consternado.

Sus lágrimas parecieron darle la respuesta. Lloró tres días hasta cuando el astro rey salió con tanto furor que los peces buscaron refugios en las madrigueras del manantial. Ahora todo se veía diáfano, tranquilo y pacífico; la casa se tornaba reluciente en la parte alta y desde la cama se divisaba imponente el río atravesando la parcela; en los límites, en un pequeño valle que iba subiendo hasta llegar a un centenar de árboles frondosos, se sentía la felicidad revoleteando al vaivén de la brisa. Las palmeras a lado y lado del arroyo se veían en las noches de luna llena como una avenida iluminada.

Cada siembra representaba una cuadricula exacta de los otros cultivos, y todos tenían un camino de acceso en piedra y en las esquinas unos recipientes donde se recolectaba la cosecha. En aquel paisaje, podían olerse las estaciones del año con lo más perdurable del clima; la eterna primavera soñada por hombres y mujeres, arropaba la melancolía del otoño, las bendiciones de la lluvia invernal y el cielo nórdico del verano. El rojizo de los tomates con los pimentones contrastaba con el verdor de habichuelas y pepinos que se intercalaban con matas de plátano, caña, yuca, frijol, maíz, cacao, tabaco y los frutales de mango, mamey, piña, zapote y guayaba. En la cúspide, en la esquina occidental del plantío, estaba una silla de roca negra, hecha a propósito para un emperador de papel. Antonio acostumbraba subir hasta allí esperanzado en que las nubes no opacaran el sol. Rezaba un padre nuestro y aguardaba hasta que los nubarrones se fueran. Les tenía mal agüero y cuando se estacionaban arriba del huerto los maldecía abriendo los brazos y mirando el firmamento como esperando una objeción.

Ya le restaba un millar de matas por limpiarle las hojas y su entusiasmo seguía intacto. Casi siempre cantaba y silbaba hasta cuando la pastosidad de la saliva le impedía seguir. Se detenía unos minutos, escupía y continuaba cantando y chiflando con mayor frenesí. Los primeros grillos de la noche le anunciaban que debía parar hasta el siguiente día. A veces hacia caso omiso, y al igual que con la canalización del río, se quedaba dormido limpiando las hojas y despertaba sobresaltado cuando le daban en la cara los primeros rayos del alba.

Nunca llegó a preocuparse por el calendario. En ocasiones hablaba con Fátima y averiguaba por su mamá y sus hermanos y esta no le respondía. Se afligía por un rato y luego regresaba a preguntarle por la familia y no encontraba respuesta. Había semanas en que ocupaba su tiempo repitiendo el mismo trabajo, y al convencerse de que la joven guardaría silencio como una tumba, se iba hasta adonde estaban las rosas y hablaba de sus desventuras y sus ideales. Le gustaba charlar con ellas por su modestia; cuando no estaban de acuerdo se marchitaban y si algo les agradaba se erguían con entusiasmo.

Otras veces visitaba los linderos de oriente, hasta los sauces que se mostraban majestuosos. Los abrazaba con tanta pasión que ellos en contraprestación lo llenaban de energía que pronto derrochaba a sus anchas. Las hojarascas formaban una inmensa almohada natural donde Antonio se revolcaba a placer. Allí tomaba aire como los legendarios areneros acuáticos de puerto platanito, que trabajaban sin fatigarse hasta el anochecer cuando iban sus compañeras a sacarlos de las profundidades de aquel torrente. Quizá, entre todas las cosas, lo que más lo impresionaba era el manantial. El correr del agua hasta perder su dominio dentro de la parcela, siempre lo llevaba a preguntarse:

— ¿Qué será de este surco después de este pedazo de tierra?

Contra todo dictamen, no se atrevía a mirar al otro lado de la cerca; no quería ver el mundo exterior y ni siquiera le causaba curiosidad el sigilo de los años. El riachuelo encarnaba la supervivencia y él así lo entendía. Se estremecía de pensar en vivir rodeado de tanta vegetación sin un afluente.

— ¡Es el río mi razón de existir! —decía insistente.

Lo había observado desde lejos, con devoción, por años, y ahora se acercaba confiado. Por primera vez sintió la necesidad de meterse en sus aguas cristalinas. Meditó como si la vida y la muerte terminaran en aquella corriente. El miedo y la angustia se apoderaron por un instante de Antonio, pero al notar la calma de sus olas débiles se dejó atraer; se quitó la ropa, y todavía con cierto temor metió la punta de los pies con precaución. El espejo de agua le mostraría un rostro distinto, rejuvenecido, vigoroso. Giró sobre sus pies y vio el olimpo en el que vivía y se sumergió. Al salir se percató que su cabeza tenía cabello y que la barba crecía en desorden para todas las direcciones. No se atrevió a mirarse sus genitales y se los lavó con tanto cuidado previendo que se le pudieran caer. Los buenos tiempos de sus vacaciones juveniles, los rememoró sosteniéndose de espaldas en el agua cual madero ahuecado. Hasta los peces se durmieron viéndolo flotar por horas como un muerto de varios días; al igual que el Lázaro bíblico, sin que lo invocaran y sin el llanto de sus hermanas, despertó en su habitación. Nunca supo cómo llegó a su cama y tampoco se preocupó por ello.

Después de aquel suceso, mañaneaba como un monje consagrado a orar en lo alto de la montaña. En su mente, tan perturbada e iluminada a la vez, apenas tenían cabida la granja y las tantas Fátimas que le habían borrado a su esposa y sus hijos varones; lo demás no contaba, y ahora todo se veía armónico y feliz. Con tal de mantener esa felicidad siempre dilapidaba el tiempo en alguna ocupación.

—Al flojo la maldad lo gobierna —comentaba.

No concebía la existencia sin un oficio y criticaba a todo momento la vagancia, la que consideraba la reina de la flojedad. Por eso vivía obsesionado con alguna forma laboral, así fuera para poner a prueba su propia estupidez. Como si no le quedara más nada por hacer, se inventó miles de recetas comestibles, que mezclaba y terminaban convertidas en mazacotes que comía por vergüenza. Cuando las fórmulas gastronómicas parecieron acabarse, comenzó a invertir los procedimientos de preparación y se le veía haciendo cosas tan extravagantes como curiosas; rellenaba con cuidado los tomates de pescado desmenuzado y luego los cubría con una maza de yuca y los ponía en baño maría. Así estuvo por meses ensayando cuanto plato se le ocurría hasta cuando los peces se rebelaron y no comieron los desperdicios que él vertía después de cada fracaso culinario. Un mes demoró limpiando el río de todos sus antojos bromatológicos. El desprecio y el cuestionamiento de los animales casi lo matan de tristeza conminándolo a subsanar el daño.

Por las noches se levantaba sobresaltado tras el crujir misterioso de un sonido que venía del manantial. Se le volvió tan familiar que lo incorporó en su diario devenir. Alimentó su curiosidad escuchando y se resistió a escudriñar el origen de aquella estridencia que se imponía sobre las demás armonías naturales. Sin embargo, una madrugada, en la que por primera vez veía llover a cántaros, el despertar tectónico de la tierra lo llevó a indagar milímetro a milímetro por la huerta hasta encontrar el emisor del ruido. No alcanzó a reaccionar tras el rompimiento de un muro de contención que había acumulado miles de litros de agua y toneladas de lodo y piedra. Toda la construcción de una vida se le vino encima como un animal ingobernable.

— ¡No me quiero morir! —gritó con todas sus fuerzas hasta que el barro lo tapó.

El final de un comienzo incierto expiraba. Una practicante que estaba de turno, frente al monitor cardiaco, advirtió signos de cambio en un enfermo al que parecían darle una nueva oportunidad. Antonio llevaba cinco años en un largo sueño en la cama de un hospital.